EDIPO REY

SÓFOCLES

Traducción castellana de José Alemany Bolufer (1921)

Edición digital de CyberLector - 2026

Presentado por:



CRÉDITOS DE ESTA EDICIÓN

Obra: Edipo Rey

Autor: Sófocles

Traducción castellana: José Alemany Bolufer

Edición de referencia: Las siete tragedias de Sófocles. Madrid. Librería de los Sucesores de Hernando, 1921.

Ilustración: Recreación artística para CyberLector.

Formato: PDF de acceso gratuito

Sitio web: www.cyberlector.com

Nota editorial: Esta publicación recupera una traducción histórica y la acompaña con materiales introductorios elaborados para facilitar su contextualización. El texto de la tragedia se presenta sin adaptación literaria.

PRESENTACIÓN

CyberLector recupera y pone al alcance de nuevos lectores obras que forman parte de la tradición literaria universal, acompañándolas con información que facilite su lectura sin sustituir el encuentro directo con el texto. Esta edición de Edipo Rey busca ofrecer una versión clara, cuidada, basada en una edición de la traducción castellana de José Alemany Bolufer publicada en 1921 y sometida a revisión editorial.

El propósito de esta edición no es adaptar la tragedia ni simplificarla, sino presentarla respetando la voz de su traducción histórica y proporcionando al lector algunas claves de contexto. Los materiales pedagógicos vinculados a la obra se desarrollarán separadamente dentro de nuestra propuesta de Plan Lector como herramienta gratuita al alcance de maestros y tutores escolares.

Sófocles pertenece, junto con Esquilo y Eurípides, al grupo de grandes dramaturgos de la tragedia ateniense. La edición de Alemany lo sitúa entre 496 y 406 a. C. y recuerda que, de la amplia producción que la tradición le atribuía, se conservan siete tragedias completas. Edipo Rey forma parte de ese conjunto y se convirtió en una de las obras fundamentales de la tradición dramática occidental.

El teatro griego estaba estrechamente vinculado a la vida religiosa y cívica de la polis. Por ello, la tragedia no debe leerse únicamente como la historia privada de un rey y su familia: en ella se cruzan la responsabilidad del gobernante, la relación entre la comunidad y lo sagrado, la búsqueda de la verdad y los límites del conocimiento humano.

NOTA SOBRE LA FECHA.

José Alemany Bolufer indicaba en 1921 que la tragedia habría sido representada, «según se cree», hacia 430 a. C. En esta edición conservamos ese dato como testimonio de la fuente histórica, sin presentarlo como una datación absolutamente segura.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Sófocles (c. 496–406 a. C.) fue uno de los grandes dramaturgos de la Grecia clásica y, junto con Esquilo y Eurípides, una de las figuras fundamentales de la tragedia ateniense. Nació en Colono, localidad del Ática cercana a Atenas, en el seno de una familia acomodada. Su larga vida transcurrió durante uno de los períodos más intensos de la historia ateniense: fue contemporáneo del desarrollo político y cultural de la ciudad en el siglo V a. C., pero también de las profundas crisis que marcaron las últimas décadas de ese siglo.

Su actividad no se limitó al teatro. Sófocles participó también en la vida pública de Atenas y desempeñó diferentes responsabilidades cívicas. Entre ellas se encuentra su servicio como tesorero y posteriormente como estratego, uno de los magistrados con funciones militares de la ciudad. Hacia 441–440 a. C. ejerció este último cargo durante la campaña ateniense contra Samos, en un período en que Pericles ocupaba un lugar central en la política de Atenas. A una edad ya avanzada participó asimismo en un consejo extraordinario creado después del desastre de la expedición ateniense a Sicilia. Su trayectoria muestra, por tanto, a un autor profundamente integrado en la vida de la polis y no únicamente dedicado a la actividad literaria.

La tradición sitúa el comienzo de su carrera dramática competitiva en 468 a. C., cuando obtuvo una victoria en las celebraciones teatrales de Atenas. A partir de entonces desarrolló una extensa trayectoria que se prolongó durante aproximadamente seis décadas. Las fuentes antiguas le atribuyen alrededor de 120 obras —la investigación moderna habla aproximadamente de 123 dramas—, aunque la mayor parte se ha perdido. Solamente siete tragedias han llegado completas hasta nosotros: Áyax, Antígona, Las traquinias, Edipo Rey, Electra, Filoctetes y Edipo en Colono. Se conservan además fragmentos de otras composiciones.

Sófocles desempeñó un papel importante en el desarrollo de la tragedia griega. La tradición antigua le atribuye diversas innovaciones escénicas y, de manera particular, la introducción de un tercer actor, recurso que amplió las posibilidades del diálogo y de la confrontación dramática. Su teatro destaca también por la construcción de los personajes y por la forma en que enfrenta al ser humano con cuestiones como el poder, la responsabilidad, el conocimiento, las decisiones individuales y la relación con los dioses. La investigación contemporánea subraya precisamente su dominio de la técnica dramática y su constante búsqueda de innovación.

Entre sus obras, Edipo Rey ocupa un lugar especialmente destacado. Aunque su fecha exacta de representación no puede establecerse con absoluta seguridad, pertenece a la madurez artística de Sófocles. La historia del rey de Tebas permitió al dramaturgo construir una investigación en la que la búsqueda de la verdad conduce progresivamente al protagonista hacia el descubrimiento de su propia identidad. Junto con Antígona y Edipo en Colono, la obra forma parte de las llamadas tragedias tebanas; sin embargo, no fueron escritas como una trilogía continua ni siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos narrados. Edipo en Colono, una de sus últimas obras, fue representada de manera póstuma en el 401 a. C.

Sófocles murió hacia 406 a. C., después de una vida excepcionalmente larga para su época y de una carrera que abarcó buena parte del siglo V a. C. De la enorme producción que se le atribuye solo ha sobrevivido una pequeña parte, pero esas siete tragedias bastaron para asegurar una influencia que atravesó los siglos. Sus obras continúan siendo leídas, estudiadas y representadas, y los conflictos humanos que plantean siguen permitiendo a nuevos lectores enfrentarse a preguntas sobre la verdad, la libertad, la responsabilidad y los límites del conocimiento.

ANTES DE LEER EDIPO REY

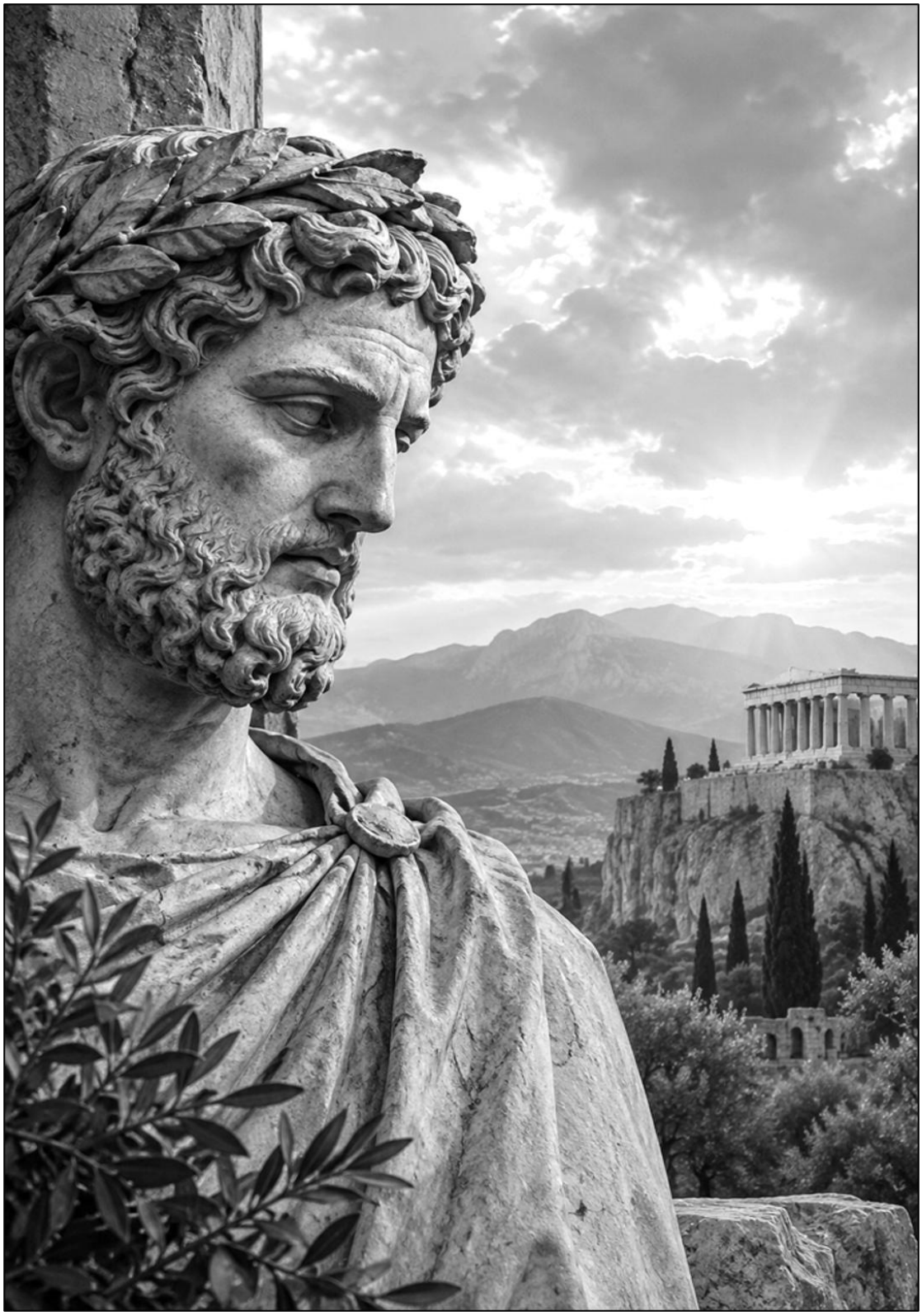
La acción comienza en Tebas. Una calamidad asola la ciudad y sus habitantes acuden a Edipo, su rey, para pedir ayuda. Edipo ya había salvado anteriormente a Tebas al resolver el enigma de la Esfinge. Ahora se compromete a descubrir la causa del nuevo desastre. La respuesta del oráculo dirige la investigación hacia un crimen antiguo: el asesinato de Layo, rey anterior de Tebas.

Desde ese punto, la tragedia avanza como una investigación. Edipo interroga, confronta testimonios y busca pruebas, convencido de que conocer la verdad permitirá salvar a su ciudad. Para una primera lectura conviene observar cómo cambia lo que cada personaje sabe, cree saber o se niega a decir. Esa tensión entre conocimiento e ignorancia sostiene buena parte de la fuerza dramática de la obra.

Entre las cuestiones que atraviesan la tragedia se encuentran el destino y la acción humana, la responsabilidad, el ejercicio del poder, la identidad y el precio de conocer la verdad. Esta introducción evita deliberadamente adelantar el desenlace.

PERSONAJES DE LA TRAGEDIA

- Edipo
- Un sacerdote
- Creonte
- Coro de ancianos tebanos
- Tiresias
- Yocasta
- Un mensajero
- Un criado de Layo
- Un segundo mensajero



EDIPO REY

Texto de José Alemany Bolufer (1921)

Edipo.—¡Oh hijos, nueva decadencia del antiguo Cadmo! ¿Por qué venís apresuradamente a celebrar esta sesión, llevando en vuestras manos los ramos de los suplicantes?(1). El humo del incienso, los cantos de dolor y los lúgubres gemidos llenan a la vez toda la ciudad. Y yo, creyendo, hijos, que personalmente y no por otros debia enterarme de la causa de todo esto, he venido espontáneamente, yo, a quien todos llamáis el excelso Edipo. Habla, pues, tú, ¡oh anciano!, que natural es que interpretes los sentimientos de todos estos. ¿Cuál es el motivo de esta reunión? ¿Qué teméis? ¿Qué deseáis? Ojalá dependiera de mi voluntad el complaceros; porque insensible seria si no me compadeciera de vuestra actitud suplicante.

Sacerdote.—Pues, ¡oh poderoso Edipo, rey de mi patria!, ya ves que somos de muy diferente edad cuantos nos hallamos aquí al pie de tus altares. Niños que apenas pueden andar; ancianos sacerdotes encorvados por la vejez; yo, el sacerdote de Júpiter, y éstos, que son lo más escogido entre la juventud. El resto del pueblo, con los ramos de los suplicantes en las manos, están en la plaza pública, prosternados ante los templos de Minerva y sobre las fatidicas cenizas de Imeno. La ciudad, como tú mismo ves, conmovida tan violentamente por la desgracia, no puede levantar la cabeza del fondo del sangriento torbellino que la revuelve. Los fructiferos gérmenes se secan en los campos; muérense los rebaños que pacen en los prados, y los niños en los pechos de sus madres. Ha invadido la ciudad el dios que la enciende en fiebre: la destructora peste que deja deshabitada la mansión de Cadmo y llena el infierno con nuestras lágrimas y gemidos. No es que yo ni estos jóvenes, que estamos junto a tu hogar, vengamos a implorarte como a un dios, sino porque te juzgamos el primero entre los hombres para socorrernos en la desgracia y para obtener el auxilio de los dioses. Tú, que recién llegado a la ciudad de Cadmo nos redimiste del tributo que pagábamos a la terrible esfinge, y esto sin haberte enterado nosotros de nada, ni haberte dado ninguna instrucción, sino que solo, con el auxilio divino —así se dice y se cree—, tú fuiste nuestro libertador. Ahora, pues, ¡oh poderosisimo Edipo!, vueltos a tí nuestros ojos, te suplicamos todos que

(1) Ramos de Olivo

busques remedio a nuestra desgracia, ya sea que hayas oído la voz de algún dios, ya que te hayas aconsejado de algún mortal; porque sé que casi siempre en los consejos de los hombres de experiencia está el buen éxito de las empresas. ¡Ea! ¡Oh mortal excelentisimo!, salva nuestra ciudad. ¡Anda!, y recibe nuestras bendiciones; y ya que esta tierra te proclama su salvador por tu anterior providencia, que no tengamos que olvidarnos de tu primer beneficio, si después de habernos levantado caemos de nuevo en el abismo. Con los mismos felices auspicios con que entonces nos proporcionaste la bienandanza, dánosla ahora. Siendo soberano de esta tierra, mejor es que la gobiernes bien poblada como ahora está, que no que reines en un desierto; porque de nada sirve una fortaleza o una nave sin soldados o marinos que la gobiernen.

Edipo.—¡Dignos de lástima sois, hijos míos! Conocidos me son, no ignoro los males cuyo remedio me estáis pidiendo. Sé bien que todos sufrís, aunque de ninguno de vosotros el sufrimiento iguala al mío. Cada uno de vosotros siente su propio dolor y no el de otro; pero mi corazón sufre por mí, por vosotros y por la ciudad; y de tal modo, que no me habéis encontrado entregado al sueño, sino sabed que ya he derramado muchas lágrimas y meditado sobre todos los remedios sugeridos por mis desvelos. Y el único que encontré, después de largas meditaciones, al punto lo puse en ejecución; pues a mi cuñado Creonte, el hijo de Meneceo, lo envié al templo de Delfos para que se informe de los votos o sacrificios que debamos hacer para salvar la ciudad. Y calculando el tiempo de su ausencia, estoy con inquietud por su suerte; pues tarda ya mucho más de lo que debiera. Pero esto no es culpa mía; mas si que lo será si en el momento que llegue no pongo en ejecución todo lo que ordene el dios.

Sacerdote.—Pues muy a propósito has hablado, porque éstos me indican que ya viene Creonte.

Edipo.—¡Oh rey Apolo! Ojalá venga con la fortuna salvadora, como lo manifiesta en la alegria de su semblante.

Sacerdote.—A lo que parece, viene contento; pues de otro modo no llevaria la cabeza coronada con laurel lleno de bayas.

Edipo.—Pronto lo sabremos, pues ya está a distancia que me pueda oir. Principe, querido cuñado, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta nos traes de parte del dios?

Creonte.—Buena, digo; porque nuestros males, si por una contingencia feliz encontrásemos remedio, se convertirian en bienandanza.

Edipo.—¿Qué significan esas palabras? Porque ni confianza ni temor me inspira la razón que acabas de indicar.

Creonte.—Si quieres que lo diga ante todos estos, dispuesto estoy; y si no, entremos en palacio.

Edipo.—Habla ante todos; pues siento más el dolor de ellos que el mio propio.

Creonte.—Voy a decir, pues, la respuesta del dios. El rey Apolo ordena de un modo claro que expulsemos de esta tierra al miasma que en ella se está alimentando, y que no aguantemos más un mal que es incurable.

Edipo.—¿Con qué purificaciones? ¿Qué medio nos librará de la desgracia?

Creonte.—Desterrando al culpable o purgando con su muerte el asesinato cuya sangre impurifica la ciudad.

Edipo.—¿A qué hombre se refiere al mencionar ese asesinato?

Creonte.—Teniamos aqui, ¡oh principe!, un rey llamado Layo, antes de que tú gobernases la ciudad.

Edipo.—Lo sé porque me lo han dicho; yo nunca lo vi.

Creonte.—Pues habiendo muerto asesinado, nos manda ahora manifiestamente el oráculo que se castigue a los homicidas.

Edipo.—¿Dónde están ellos? ¿Cómo encontraremos las huellas de un antiguo crimen tan dificil de probar?

Creonte.—En esta tierra, ha dicho. Lo que se busca es posible encontrar, así como se nos escapa aquello que descuidamos.

Edipo.—¿Fue en la ciudad, en el campo o en extranjera tierra donde Layo murió asesinado?

Creonte.—Se fué, según nos dijo, a consultar con el oráculo, y ya no volvió a casa.

Edipo.—¿Y no hay ningún mensajero ni compañero de viaje que presenciara el asesinato y cuyo testimonio pudiera servirnos para esclarecer el hecho?

Creonte.—Han muerto todos, excepto uno, que huyó tan amedrentado, que no sabe decir más que una cosa de todo lo que vió.

Edipo.—¿Cuál? Pues una sola podría revelarnos muchas, si proporcionara un ligero fundamento a nuestra esperanza.

Creonte.—Dijo que le asaltaron unos ladrones, y como eran muchos, lo mataron; pues no fué uno solo.

Edipo.—¿Y cómo el ladrón, si no hubiese sido sobornado por alguien de aqui, habría llegado a tal grado de osadía?

Creonte.—Eso creiamos aquí; pero en nuestra desgracia no apareció nadie como vengador de la muerte de Layo.

Edipo.—¿Y qué desgracia, una vez muerto vuestro rey, os impidió descubrir a los asesinos?

Creonte.—La Esfinge con sus enigmas, que obligándonos a pensar en el remedio de los males presentes, nos hizo olvidar un crimen tan misterioso.

Edipo.—Pues yo procuraré indagarlo desde su origen. Muy justamente Apolo y dignamente tú habéis manifestado vuestra solicitud por el muerto; de manera que me tendréis siempre en vuestra ayuda para vengar, como es mi deber, a esta ciudad y al mismo tiempo al dios. Y no por mor de un amigo lejano, sino por mí mismo, disiparé las tinieblas que envuelven este crimen. Pues sea cual fuere el que mató a Layo, es posible que también me quiera matar con la misma osadia; de modo que cuanto haga en bien de aquél, lo hago en provecho propio. En seguida, pues, hijos mios, levantaos de vuestros asientos, alzando en alto los ramos suplicantes, y que otro convoque aqui al pueblo de Cadmo, pues yo lo he de averiguar todo; y no hay duda de que o nos salvaremos con el auxilio del dios, o pereceremos.

Sacerdote.—Levantémonos, hijos, que nuestra venida aquí no tuvo otro objeto que el que éste nos propone. Ojalá Febo, que nos envia este oráculo, sea nuestro salvador y haga cesar la peste.

Coro.—¡Oráculo de Júpiter, que consoladoras palabras tienes!, ¿qué vienes a anunciar a la ilustre Tebas, desde el riquisimo santuario de Delfos? Mi asustado corazón palpita de terror, ¡ay, Delio Peán!, preguntándome qué suerte tú me reservas, ya para los tiempos presentes, ya para el porvenir. Dímelo, ¡hijo de la dorada Esperanza, oráculo inmortal!

A tí la primera invoco, hija de Júpiter, inmortal Minerva, y a Diana, tu hermana, protectora de esta tierra, que se sienta en el glorioso trono circular de esta plaza, y a Febo, que de lejos hiere. ¡Oh trinidad liberadora de la peste, apareceos en mi auxilio! Si ya otra vez, cuando la anterior calamidad surgió en nuestra ciudad, extinguisteis la extraordinaria fiebre del mal, venid también ahora. ¡Oh dioses!, innumerables desgracias me afligen. Se va arruinando todo el pueblo, y no aparece idea feliz que nos ayude a librarnos del mal. Ni llegan a su madurez los frutos de esta célebre tierra, ni las mujeres pueden soportar los crueles dolores del parto; sino que, como se puede ver, uno tras otro, como pájaros de raudo vuelo y más veloces que devoradora llama, llegan los muertos a la orilla del dios de la muerte, despoblándose la ciudad con tan innumerables defunciones. Los cadáveres insepultos yacen, inspirando lástima, sobre el suelo en que se asienta la muerte; jóvenes esposas y encanecidas madres gimen al pie de los altares implorando remedio a tan aflictiva calamidad. Por todas partes se oyen himnos plañideros mezclados con gritos de dolor, contra el cual, ¡oh espléndida hija de Júpiter!, envianos saludable remedio. Y a Marte el cruel, que ahora sin hierro ni escudo me destruye acosándome por todas partes, hazle la contra haciendo que se vuelva en fugitiva carrera lejos de la patria, ya se vaya al ancho tálamo de Anfitrita, ya a las inhospitalarias orillas del mar de Tracia; pues ahora en verdad, si la noche me lleva algún consuelo, durante el dia me lo desvanece. A ése, ¡oh padre Júpiter, que gobiernas la fuerza de encendidos relámpagos!, destrúyelo con tu rayo.

¡Oh dios de Licia! Quisiera que las indomables flechas de tu dorado arco se lanzaran a diestra y siniestra, dirigidas en mi auxilio; y también los encendidos dardos de Diana, con los cuales se lanza a través de las licias montañas. Yo te invoco también, dios de la tiara de oro, que llevas el sobrenombre de esta tierra, vinoso Baco, incitador de gritos de orgia, compañero de las Ménadas: ven con tu resplandeciente y encendida tea, contra el dios que es deshonra entre los dioses.

Edipo.—He oído tu súplica; y si quieres prestar atención y obediencia a mis palabras y ayudarme a combatir la peste, podrás conseguir la defensa y alivio de tus males. Yo voy a hablar como si nada supiera de todo lo que se dice, ajeno como estoy del crimen. Pues yo solo no podría llevar muy lejos mi investigación, si no tuviera algún indicio. Mas ahora, aunque soy el último de vosotros que ha obtenido la ciudadanía en Tebas, ordeno a todos los descendientes de Cadmo: Quien de vosotros conozca al hombre que asesinó a Layo el Labdácida, que me lo diga, pues se lo mando; quien sea el culpable, que no tema presentarse espontáneamente, pues sin imponerle pena ninguna aflictiva, ileso saldrá desterrado de este

pais. Si alguno de vosotros sabe que el asesino es extranjero, que me lo exponga, pues lo daré buen premio y le quedaré agradecido. Pero si calláis y rehusáis darme las noticias que os pido, ya por temor de algún amigo, ya por miedo propio, conviene que oigáis lo que en tal caso voy a disponer: Sea quien sea el culpable, prohibo a todos los habitantes de esta tierra que rijo y gobierno, que lo reciban en su casa, que le hablen, que lo admitan en sus plegarias y sacrificios y que le den agua lustral. Que lo ahuyente todo el mundo de su casa como ser impuro, causante de nuestra desgracia, según el oráculo de Apolo me acaba de revelar. De este modo creo yo que debo ayudar al dios y vengar al muerto. Y espero que todos vosotros cumpliréis este mandato, por mí mismo, por el dios y por esta tierra que tan infructuosa y desgraciadamente se arruina. Y aun cuando esta investigación no hubiese sido ordenada por el dios, nunca debiais, vosotros haber dejado impune el asesinato del más eminente de los hombres, de vuestro rey. Pero ahora que me hallo yo en posesión del imperio que él tuvo antes, y tengo su lecho y la misma mujer que él fecundó, y míos serían los hijos de él, si los que tuvo no los hubiese perdido —pero la desgracia cayó sobre su cabeza—, por todo esto, yo, como si se tratara de mi padre, lucharé y llegaré a todo, deseando coger al autor del asesinato del hijo de Labdaco, nieto de Polidoro, biznieto de Cadmo y tataranieto del antiguo Agenor. Y para los que no cumplan este mandato, pido a los dioses que ni les dejen cosechar frutos de sus campos, ni tener hijos de sus mujeres, sino que los hagan perecer en la calamidad que nos aflige o con otra peor. Y pido para el asesino, que escapó, ya siendo solo, ya con sus cómplices, que falto de toda dicha arrastre una vida ignominiosa y miserable. Y pido además que si apareciera viviendo conmigo en mi propio palacio sabiéndolo yo, sufra yo mismo los males con que acabo de maldecir a todos estos. Y a vosotros, los demás cadmeos a quienes plazca esto lo mismo que a mi, que la Justicia venga en vuestro auxilio y que todos los dioses os acorran favorablemente siempre.

Coro.—Puesto que me obligas con tus imprecaciones, por esto, ¡oh rey!, te diré: Ni lo maté, ni puedo indicarte al culpable. Pero Febo, que nos ha enviado el oráculo, debia indicarnos la pista o descubrir al asesino.

Edipo.—Muy bien has hablado; pero obligar a los dioses en aquello que no quieren, no puede el hombre.

Coro.—Continuaré, si me das permiso, exponiendo mi segundo parecer.

Edipo.—Y también un tercero, si lo tienes. No ocultes nada de lo que tengas que decirme.

Coro.—Sé muy bien que el esclarecido Tiresias lee en el porvenir, lo mismo que el dios Febo. Si de él te aconsejas, ¡oh rey!, podrías saber la cosa con certeza.

Edipo.—Pues no me he descuidado, ni siquiera para disponer eso; porque apenas me lo dijo Creonte, le envié dos mensajeros. Lo que me admira es que no esté ya aqui.

Coro.— Y en verdad que todo lo demás son insubstanciales e inútiles habladurías.

Edipo.—¿Cuáles son ésas? Yo quiero examinarlas todas.

Coro.—Se dijo que lo mataron unos caminantes.

Edipo.—También lo sé yo; pero no hay quien haya visto al culpable.

Coro.—Y si éste tenía algún miedo, no habrá esperado al oir tus imprecaciones.

Edipo.—A quien no asusta el crimen, no intimidan las palabras.

Coro.—Pues ya está aqui quien lo descubrirá: mira a esos que vienen con el divino vate, único entre los hombres, en quien es ingénita la verdad.

Edipo.—¡Oh Tiresias!, que comprendes en tu entendimiento lo cognoscible y lo inefable, y lo divino y lo humano. Aunque tu ceguera no te deja ver, bien sabes en qué ruina yace la ciudad; y no hallé otro, sino tú, que pueda socorrerla y salvarla, ¡oh excelso! Pues Febo, si no lo sabes ya por los mensajeros, contestó a la consulta que le hice, que el único remedio a esta desgracia está en descubrir a los asesinos de Layo y castigarlos con la muerte o con el destierro. No desdeñes, pues, ninguno de los medios de adivinación, ya te valgas del vuelo de las aves, ya de cualquier otro recurso, y procura tu salvación y la de la ciudad; sálvame también a mi, librándonos de la impureza del asesinato. En tí está nuestra esperanza. Servir a sus semejantes es el mejor empleo que un hombre puede hacer de su ciencia y su riqueza.

Tiresias.—¡Bah, bah! ¡Cuán funesto es el saber cuando no proporciona ningún provecho al sabio! Yo sabía bien todo eso, y se me ha olvidado. No debía haber venido.

Edipo.—¿Qué es eso? ¿Cómo vienes tan desanimado?

Tiresias.—Deja que me vuelva a casa; que mejor proveerás tú en tu bien y yo en el mío, si en esto me obedeces.

Edipo.—Ni tus palabras ni tus sentimientos son de benevolencia para esta ciudad que te ha criado, al negarle la adivinación que te pide.

Tiresias.—Ni tampoco veo yo discreción en lo que dices, ni quiero incurrir en ese mismo defecto.

Edipo.—Por los dioses, no rehuses decirnos todo lo que sabes; pues todos te lo pedimos en actitud suplicante.

Tiresias.—Pues todos estáis desjuiciados; asi que nunca yo revelaré mi pensamiento para no descubrir tu infortunio.

Edipo.—¿Qué dices? ¿Sabiéndolo vas a callarte, haciendo traición a la ciudad y dejándola perecer?

Tiresias.—Ni quiero afligirme ni afligirte. ¿Por qué, pues, me preguntas en vano? De mi nada sabrás.

Edipo.—¿No, perverso y malvado, capaz de irritar a una piedra? ¿No hablarás ya, dejando de mostrarte tan impasible y obstinado?

Tiresias.—Me echas en cara mi obstinación, sin darte cuenta de que la tuya es mayor, y me reprendes.

Edipo.—¿Quién no se irritará al oír esas palabras con las que manifiestas el desprecio que haces de la ciudad?

Tiresias.—Eso que deseas saber ya vendrá, aunque yo lo calle.

Edipo.—Pues eso que ha de venir es preciso que me lo digas.

Tiresias.—Yo no puedo hablar más. Por lo tanto, si quieres, déjate llevar de la más salvaje cólera.

Edipo.—Pues en verdad que nada callaré, tal es mi rabia, de cuanto conjeturo. Has de saber que me parece que tú eres el instigador del crimen y el fautor del homicidio, aunque no lo hayas perpetrado con tu mano. Y si no estuvieras ciego, afirmaria que tú solo has cometido el asesinato.

Tiresias.—¿Verdad? Pues yo te ordeno que persistas en el cumplimiento de la orden que has dado, y que desde hoy no dirijas la palabra ni a éstos ni a mí; por que tú eres el ser impuro que mancilla esta tierra.

Edipo.—¿Y asi, con tanto descaro, lanzas esa injuria? ¿Y crees que has de escapar sin castigo?

Tiresias.—Nada temo, pues mantengo la verdad, que es poderosa.

Edipo.—¿De quién lo sabes? No será de tu arte.

Tiresias.—De tí; porque tú me hiciste hablar contra mi voluntad.

Edipo.—¿Qué has dicho? Repítelo para que lo entienda bien.

Tiresias.—¿No lo has entendido ya? ¿Es que hablé a una piedra?

Edipo.—No tanto que pueda responderte; repitelo.

Tiresias.—Repito que tú eres el asesino de Layo, a quien deseas encontrar.

Edipo.—Te aseguro que no repetirás con tanto gozo la mortificante injuria que por dos veces me has lanzado.

Tiresias.—¿Quieres que diga otras cosas que aumentarán tu desesperación?

Edipo.—Di cuanto quieras, que en vano hablas.

Tiresias.—Digo, pues, que tú ignoras el abominable contubernio en que vives con los seres que te son más queridos; y no te das cuenta del oprobio en que estás.

Edipo.—¿Y crees que impunemente puedes continuar siempre calumniandome?

Tiresias.—Sí; porque alguna fuerza tiene la verdad.

Edipo.—La tiene, pero no en ti. En ti no puede tenerla, porque eres ciego de ojos, de oido y de entendimiento.

Tiresias.—Tú eres un desdichado al lanzarme esos insultos, que no hay nadie entre éstos que pronto no los haya de volver contra tí.

Edipo.—Estás del todo ofuscado; de manera que ni a mi ni a otro cualquiera que vea la luz puedes hacer daño.

Tiresias.—No está decretado por el hado que sea yo la causa de tu caida; pues suficiente es Apolo, a cuyo cuidado está el cumplimiento de todo esto.

Edipo.—¿Son de Creonte o tuyas estas maquinaciones?

Tiresias.—Ningún daño te ha hecho Creonte, sino tú mismo.

Edipo.—¡ Oh riqueza y realeza y ciencia de la adivinación, superior a todas las demás ciencias en esta vida agitada por la envidia! ¡Cuánto odio excitáis en los demás, si por un

imperio que la ciudad puso graciosamente en mis manos, sin haberlo yo solicitado, el fiel Creonte, amigo desde el principio, conspira en secreto contra mi y desea suplantarme, sobornando a este mágico embustero y astuto charlatán, que sólo ve donde halla lucro, siendo un mentecato en su arte! Porque, vamos a ver, dime: ¿en qué ocasión has demostrado tú ser verdadero adivino? ¿Cómo, si lo eres, cuando la Esfinge proponia aquí sus enigmas en verso, no indicaste a los ciudadanos ningún medio de salvación? Y en verdad que el enigma no era para que lo interpretara el primer advenedizo, sino que necesitaba de la adivinación. Adivinación que tú no supiste dar, ni por los augurios ni por revelación de ningún dios, sino que yo, el ignorante Edipo, apenas llegué, hice callar al monstruo, valiéndome solamente de los recursos de mi ingenio, sin hacer caso del vuelo de las aves. ¡Y a mi intentas tú arrojar del trono, para poner en él a Creonte, de quien esperas ser asiduo consejero! Yo creo que tú y el que contigo ha urdido esta trama expiaréis el crimen llorando. Y si no pensara que eres viejo, el castigo te haría venir en conocimiento de la falta que has cometido.

Coro.—Parece, Edipo, que tus palabras y también las de éste han sido proferidas a impulsos de la cólera. Tal es mi opinión. Y no es eso lo que hace falta, sino averiguar cómo daremos mejor cumplimiento al oráculo del dios.

Tiresias.—Aunque tú seas rey, te contestaré lo mismo que si fuera tu igual, pues derecho tengo a ello. No soy esclavo tuyo, sino de Apolo; de modo que el patronato de Creonte para nada lo he menester. Y voy a hablar, porque me has injuriado llamándome ciego. Tú tienes muy buena vista y no ves el abismo de males en que estás sumido, ni conoces el palacio en que habitas, ni los seres con quienes vives. ¿Sabes, por ventura, de quién eres hijo? Tú no te das cuenta de que eres un ser odioso a todos los individuos de tu familia, tanto a los que han muerto como a los que viven; ni de que la maldición de tu padre y de tu madre, que en su horrible acometida te acosa ya por todas partes, te arrojará de esta tierra, donde si ahora ves luz, luego no verás más que tinieblas. ¿En qué lugar te refugiarás, donde no repercuta el eco de tus clamores? ¡Cómo retumbarán tus lamentos en el Citerón, cuando tengas conciencia del horrendo himeneo al cual nunca debías haber llegado si tu suerte hubiera sido feliz! Ahora no te das cuenta de la multitud de crimenes que te vendrán a igualar con tus propios hijos. Tal es la verdad; y ante ella, insulta a Creonte y también a mi; porqué entre los mortales maltratados por el destino no habrá otro más miserable que tú.

Edipo.—¿Tales injurias he de tolerar yo de este hombre? ¿Cómo no mando que le maten en seguida? ¿No te alejarás de aquí y te irás a casa?

Tiresias.—Yo nunca habría venido si tú no me hubieses llamado.

Edipo.—No sabía que dijeras tantas necedades; que a saberlo, no me hubiera apresurado en llamarte a mi palacio.

Tiresias.—Mi índole es tal, que a tu parecer soy necio; pero muy sabio para los padres que te engendraron.

Edipo.—¿Cuáles? Espera. ¿Quién fué el mortal que me engendró?

Tiresias.—Hoy lo conocerás y lo matarás.

Edipo.—¡Qué enigmático y obscuro es todo lo que dices!

Tiresias.—No eres tú buen adivinador de enigmas.

Edipo.—Injuria cuanto quieras, que tus insultos serán los que más gloria me den.

Tiresias.—Esa misma gloria es la que te perdió.

Edipo.—Pero si salvé a la ciudad, poco me importa.

Tiresias.—Me voy ya. Niño, guíame.

Edipo.—Sí, que te guíe, que tu presencia me embaraza; y lejos de aqui, no me atormentarás.

Tiresias.—Me voy; pero diciendo antes aquello por lo que fui llamado, sin temor a tu mirada; que no tienes poder para quitarme la vida. Así, pues, te digo: Ese hombre que tanto tiempo buscas y a quien amenazas y pregonas como asesino de Layo, ése está aqui; se le tiene por extranjero domiciliado; pero pronto se descubrirá que es tebano de nacimiento, y no se regocijará al conocer su desgracia. Privado de la vista y caído de la opulencia en la pobreza, con un bastón que le indique el camino se expatriará hacia extraña tierra. Él mismo se reconocerá a la vez hermano y padre de sus propios hijos; hijo y marido de la mujer que lo parió, y comarido y asesino de su padre. Retírate, pues, y medita sobre estas cosas; que si me coges en mentira, ya podrás decir que nada entiendo del arte adivinatorio.

Coro.—¿Quién es ese que, según manifiesta la profética piedra délfica, llevó a cabo con homicidas manos el más horrendo e infando crimen? Hora es ya de que emprenda la huída con pie más ligero que el de los caballos impetuosos del huracán; pues armado de rayos y relámpagos, se lanza contra él el hijo de Júpiter, al propio tiempo que le persiguen las terribles e inevitables Furias. Desde el nivoso Parnaso se ha difundido recientemente la

espléndida luz del oráculo, para que todo el mundo descubra la pista de ese hombre desconocido, que sin duda anda errante por agreste selva, ocultándose en los antros y brincando por las peñas, huyendo inútilmente como toro salvaje, para evitar en su infortunada fuga las profecías salidas del centro de la tierra(2); pero ellas, siempre vivas, van revoloteando en torno de él. Terriblemente, pues; terriblemente me ha dejado en confusión el sabio adivino, cuyas profecías ni puedo creer, ni tampoco negar. No sé qué decir. Vuelo en alas de mi esperanza, sin poder ver nada claro de lo presente ni de lo porvenir. Que entre los Labdácidas y el hijo de Pólibo haya habido contienda, ni ha llegado a mi noticia antes de ahora, ni tampoco al presente he oído nada que me sirva de criterio para intervenir en el público rumor acerca de Edipo y aparecer como auxiliar del misterioso asesinato de Layo. Mas Júpiter y Apolo también en su excelsa penetración saben cuanto ocurre entre los mortales; pero que entre los hombres un adivino sepa en esto más que yo, no es cosa probada: puede un hombre responder con su juicio al juicio de otro hombre. Por esto yo, antes de ver la profecia confirmada por los hechos, jamás me pondré de parte de los acusadores de Edipo. Porque cuando la virgen alada cayó sobre él, se mostró a vista de todos lleno de sabiduría y salvador de la ciudad; así que mi corazón, lleno de agradecimiento, no lo acusará jamás de malvado.

Creonte.—Ciudadanos: enterado de las terribles acusaciones que el tirano Edipo ha lanzado sobre mí, vengo sin poderme contener. Si en medio de las desgracias que nos afligen cree él que yo he sido capaz de causarle algún perjuicio con mis palabras o con mis obras, no quiero vivir más, cargado de tal oprobio. Pues la infamia de tal acusación no es de poca monta, sino de la mayor importancia, ya que tiende a declararme traidor a la ciudad, a tí y a mis amigos.

Coro.—Pero esa infamia vino arrastrada por apasionada violencia más que por juicio de serena razón.

Creonte.—¿Pero dijo, efectivamente, que el adivino, persuadido por mis consejos, ha mentido en su profecía?

Coro.—Eso dijo; pero ignoro con qué intención.

---

(2) Delfos.

Creonte.—¿Pero con firme convicción y razón serena ha lanzado sobre mi tal acusación?

Coro.—No lo sé. Los actos de mis soberanos no acostumbro yo a criticarlos. Pero ahi lo tienes, que sale de palacio.

Edipo.—¡Ce, tú! ¿Cómo te atreves a venir por aquí? ¿Tanto es tu descaro y osadia que te presentas en mi casa, siendo tan claro y manifiesto que deseas matarme y arrebatarme la soberania? ¡Ea! Dime, por los dioses, ¿qué cobardía o qué necedad has visto en mi, que te haya decidido a proceder de ese modo? ¿Creias acaso que yo no descubriria esas intrigas tuyas tan cautelosamente urdidas, o que aunque las descubriera no te iba a castigar? ¿No es insensato tu empeño de querer, sin el apoyo de la muchedumbre y de los amigos, usurpar un trono que sólo se obtiene con el favor del pueblo y abundantes riquezas?

Creonte.—¿Sabes lo que debes hacer? Oye primero mi contestación a todo lo que acabas de decir, y luego medita sobre ella y juzga.

Edipo.—Tú eres hábil orador y yo mal oyente para que me convenzas; porque he visto, tu malicia y enemistad contra mi.

Creonte.—Acerca de eso escucha un momento lo que te voy a decir.

Edipo.—Acerca de eso no me digas que no eres un traidor.

Creonte.—Si crees que la arrogancia, cuando la razón no la apoya, es cosa que debe mantenerse, te equivocas.

Edipo.—Y si tú crees que conspirando contra un pariente no has de sufrir castigo, también andas equivocado.

Creonte.—Convengo en la justicia de lo que acabas de decir; pero dime qué daño es ese que te he inferido yo.

Edipo.—¿Fuiste tú, o no, quien me aconsejó que era preciso llamar a ese famoso adivino?

Creonte.—Yo te lo aconsejé, y te lo aconsejaría también ahora.

Edipo.—¿Cuánto tiempo, poco más o menos, hace que Layo...

Creonte.—¿A qué hecho te refieres? No entiendo.

Edipo.—desapareció víctima de criminal atentado?

Creonte.—Muchos años han pasado desde entonces.

Edipo.—¿Y entonces ese adivino ejercia ya su arte?

Creonte.—Y era sabio en él y se le honraba lo mismo que hoy.

Edipo.—¿Hizo mención de mi en aquellos dias?

Creonte.—No; al menos delante de mí, nunca.

Edipo.—¿Pero no hicisteis entonces investigaciones para descubrir al culpable?

Creonte.—Las hicimos, ¿cómo no?, y nada pudimos averiguar.

Edipo.—¿Y cómo entonces ese gran sabio no reveló lo que ahora?

Creonte.—No sé. No quiero hablar de lo que ignoro.

Edipo.—Lo que te conviene, bien lo sabes; y lo dirias si tuvieras buena intención.

Creonte.—¿Qué cosa es ésa? Si la sé, no me la callaré.

Edipo.—Que si no se hubiera puesto de acuerdo contigo, nunca me hubiera atribuido la muerte de Layo.

Creonte.—Si efectivamente dice eso, tú lo sabes; pero justo es que yo te haga también algunas preguntas, como tú me las estás haciendo.

Edipo.—Pregunta, que no se probará que yo sea el asesino.

Creonte.—Dime, pues: ¿no estás casado con mi hermana?

Edipo.—No es posible negar eso que preguntas.

Creonte.—¿Gobiernas aquí con el mismo mando e imperio que ella?

Edipo.—Todo lo que desea lo obtiene de mí.

Creonte.—¿Y no mando yo casi lo mismo que vosotros dos, aunque ocupe el tercer lugar?

Edipo.—En eso se ve claramente ahora que has sido un pérfido amigo.

Creonte.—No lo creerás asi, si reflexionas un poco, como yo. Lo primero que has de considerar es si puede haber quien prefiera gobernar con temores e inquietudes, a dormir tranquilamente, ejerciendo el mismo imperio. Porque yo nunca he preferido el título de rey al hecho de reinar efectivamente; como no lo preferirá nadie que piense prudentemente.

Porque ahora, sin inquietud de ninguna especie, tengo de tí todo lo que quiero; y si yo fuera el rey, tendría que hacer muchas cosas contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, me ha de ser más grata la dignidad real que la autoridad y el poder libre de toda inquietud? No ando tan equivocado que prefiera otras cosas que no sean las que dan honra y provecho. Ahora, pues, todo el mundo me sonríe; todos me saludan con afecto; todo el que necesita algo de tí, me adula; porque en esto está el logro de sus deseos. ¿Cómo es posible, pues, que yo renuncie a estas ventajas por obtener el título de rey? Un espíritu sensato no puede obrar tan neciamente; pero ni llegué jamás a acariciar tal idea, ni sería nunca cómplice de otro que quisiera ponerla en ejecución. Y para prueba de esto, vete a Delfos y enteráte por tí mismo para saber si te comuniqué el oráculo con toda fidelidad. Y además, si llegas a tener pruebas de que yo me he puesto en inteligencia con el adivino, condéname a muerte; y no con tu voto sólo, sino también con el mio. Pero no me inculpes por infundadas sospechas y sin oirme; porque ni es justo formar juicio temerario de un hombre de bien, confundiéndolo con un malvado, ni tomar a los malvados por hombres de bien. Porque el repudiar a un buen amigo es para mí tanto como sacrificar la propia vida, que es lo que más se estima. Pero con el tiempo llegarás a enterarte bien de todo esto; porque el tiempo es la única prueba del hombre justo, ya que al malvado basta un día solo para conocerlo.

Coro.—Muy bien ha hablado para todo el que tenga escrúpulos de caer en error, ¡oh rey!; pues los juicios precipitados suelen ser inseguros.

Edipo.—Cuando el enemigo procede de prisa y cautelosamente en su conspiración, menester es que yo me apresure a tomar resoluciones; porque si espero tranquilo, los proyectos de aquél tendrán cumplimiento y los míos serán vanos.

Creonte.—¿Qué quieres, pues? ¿Desterrarme del reino?

Edipo.—No, sino que mueras; no quiero que te escapes.

Creonte.—Siempre que me convenzas de la razón de tu odio.

Edipo.—¿Qué dices? ¿Que no te vas a conformar ni a obedecer?

Creonte.—No veo que estés en tu cabal juicio.

Edipo.—Lo estoy para mí.

Creonte.—Pues menester es que también lo estés para mí.

Edipo.—Pero tú eres un traidor.

Creonte.—¿Y si estuvieras mal informado?

Edipo.—De todos modos, menester es que obedezcas.

Creonte.—No ciertamente, si tu orden es injusta.

Edipo.—¡Oh Tebas, Tebas!

Creonte.—También puedo yo invocar a Tebas; no tú sólo.

Coro.—Cesad, príncipes; pues muy a propósito veo salir de palacio a Yocasta, que se dirige hacia aqui: con ella debéis decidir pacíficamente este altercado.

Yocasta.—¿Cómo, desdichados, habéis suscitado tan imprudente disputa? ¿No os avergonzáis de remover vuestros odios particulares en medio del abatimiento en que se halla la ciudad? Entra en palacio, Edipo; y tú, Creonte, a tu casa; no sea que por fútiles motivos originéis gran dolor.

Creonte.—¡Hermana! Edipo, tu marido, acaba de amenazarme con uno de estos dos castigos: o la muerte o el destierro.

Edipo.—Es verdad, mujer; pues lo he sorprendido tramando odioso complot contra mi persona.

Creonte.—No disfrute yo jamás ningún placer, y muera lleno de maldiciones si he hecho nada de lo que me imputas.

Yocasta.—Cree, por los dioses, ¡oh Edipo!, en lo que éste dice, principalmente por respeto a ese juramento en que invoca a los dioses, y también por consideración a mí y a estos que están presentes.

Coro.—Obedece de buen grado y ten prudencia, ¡oh rey!, te lo suplico.

Edipo.—¿En qué quieres que te obedezca?

Coro.—En hacer caso de éste, que siempre ha sido persona respetable; y lo es más ahora por el juramento que acaba de hacer.

Edipo.—¿Sabes lo que pides?

Coro.—Lo sé.

Edipo.—Explicate más.

Coro.—Deseo, pues, que a un pariente que acaba de escudarse bajo la imprecación del juramento, no le acuses ni lances a la pública deshonra por una vana sospecha.

Edipo.—Sabe, pues, que al pedir eso, pides mi muerte o mi destierro.

Coro.—¡No, por el dios Sol, el primero entre todos los dioses! ¡Muera yo abandonado de los dioses y de todos mis amigos, si tal es mi pensamiento! No es más que los sufrimientos de la patria que desgarran mi afligido corazón, y el temor de que a los males que sufrimos se añadan otros nuevos.

Edipo.—Que se vaya, pues, ése, aunque yo deba morir o ser lanzado violenta e ignominiosamente de esta tierra. Tus palabras lastimeras me mueven a compasión; no las de éste, que, donde quiera que se halle, me será odioso.

Creonte.—Claro se ve que cedes con despecho; despecho que pesará sobre ti cuando te pase la cólera. Caracteres como el tuyo, natural es que dificilmente puedan soportarse a sí mismos.

Edipo.—¿No me dejarás y te marcharás de aqui?

Creonte.—Me iré sin lograr convencerte de mi inocencia; pero para éstos soy siempre el mismo.

Coro.—Mujer, ¿qué esperas, que no te lo llevas a palacio?

Yocasta.—Saber lo que aqui ha habido.

Coro.—Una disputa suscitada por infundadas sospechas y el rencor de acusaciones injustas.

Yocasta.—¿Acusaciones de una y otra parte?

Coro.—Si.

Yocasta.—¿Y de qué se trataba?

Coro.—Basta ya por mi, basta; que hallándose la patria tan afligida, me parece que debe terminar la querella en donde ha quedado.

Edipo.—¿Ves a lo que vienes a parar? Con toda tu buena intención me abandonas y atormentas mi corazón.

Coro.—¡Oh rey!, ya te lo he dicho más de una vez: sería yo un insensato e incapaz de razonar si me apartara de ti que salvaste a mi patria cuando se hallaba envuelta en los mayores males. Sé también hoy, si puedes, nuestro salvador.

Yocasta.—Dime, por los dioses, rey, qué es lo que te ha puesto tan encolerizado.

Edipo.—Te diré, mujer; pues te respeto más que a éstos, el complot que Creonte ha urdido contra mí.

Yocasta.—Habla, a ver si con tu acusación me aclaras el asunto.

Edipo.—Dice que yo soy el asesino de Layo.

Yocasta.—¿Lo ha inquirido por sí mismo o lo ha sabido por otro?

Edipo.—De un miserable adivino que me ha enviado; pues él personalmente no me acusa.

Yocasta.—Pues déjate de todo eso que estás diciendo. Escúchame y verás cómo ningún mortal que posea el arte de la adivinación tiene que ver nada contigo. Te daré una prueba de esto en pocas palabras. Un oráculo que procedia, no diré que del mismo Febo, sino de alguno de sus ministros, predijo a Layo que su destino era morir a manos de un hijo que tendría de mí. Pero Layo, según es fama, murió asesinado por unos bandidos extranjeros en un paraje en que se cruzaban tres caminos; respecto del niño, no tenia aún tres dias cuando su padre le ato de los pies y lo entregó a manos extrañas para que lo arrojaran en un monte intransitable. Ahi tienes, pues, cómo ni Apolo dió cumplimiento a su oráculo, ni el hijo fué asesino de su padre, ni a Layo atormentó más la terrible profecia de que habia de morir a manos de su hijo. Asi quedaron las predicciones proféticas, de las que tú no debes hacer ningún caso; porque cuando un dios quiere hacer una revelación, fácilmente él mismo la da conocer.

Edipo.—¡Cómo, desde que te estoy escuchando, ¡oh mujer!, divaga mi espíritu y me tiembla el corazón!

Yocasta.—¿Qué inquietud te agita y te hace hablar asi?

Edipo.—Creo haberte oido que Layo fué muerto en un cruce de tres caminos.

Yocasta.—Así se dijo y no cesa de repetirse.

Edipo.—¿Y cuál es la región en que aconteció el hecho?

Yocasta.—En la región que se llama Fócida, y en el punto en que se divide en dos el camino que viene de Daulía hacia Delfos.

Edipo.—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

Yocasta.—Muy poco antes de que tú llegaras a ser rey de este país, se hizo esto público por toda la ciudad.

Edipo.—¡Oh Júpiter!, ¿qué has decidido hacer de mí?

Yocasta.—¿Qué te pasa, Edipo? ¿En qué piensas?

Edipo.—No me preguntes más; dime cuál era el aspecto de Layo y la edad que tenía.

Yocasta.—Era alto; las canas empezaban ya a blanquearle la cabeza, y su fisonomia no desemejaba mucho de la tuya.

Edipo.—¡Desdichado de mí! Creo que contra mi mismo acabo de lanzar terribles maldiciones, sin darme cuenta.

Yocasta.—¿Qué dices? Me lleno de temor al mirarte, ¡oh rey!

Edipo.—Me inquieta horriblemente el temor de que el adivino acierte. Pero me aclararás más el asunto, si me dices una sola cosa.

Yocasta.—También estoy yo llena de zozobra; te contestaré a lo que me preguntes, si lo sé.

Edipo.—¿Viajaba solo, o llevaba gran escolta, como convenía a un rey?

Yocasta.—Cinco eran en conjunto, y entre ellos un heraldo. Un coche sólo llevaba a Layo.

Edipo.—¡Ay, ay!, esto está ya claro. ¿Quién es el que os dió estas noticias, mujer?

Yocasta.—Un criado, que fué el único que se salvó.

Edipo.—¿Y se encuentra ahora en palacio?

Yocasta.—No; porque cuando a su vuelta de allí te vió a tí en el trono y a Layo muerto, me suplicó, asién dome de la mano, que le enviara al campo a apacentar los ganados, para vivir lo más lejos posible de la ciudad. Y yo lo envié; porque era un criado digno de esta y de otra mayor gracia.

Edipo.—¿Cómo haremos que venga lo más pronto posible?

Yocasta.—Fácilmente; pero ¿para qué lo quieres?

Edipo.—Me temo, mujer, haber hablado demasiado acerca de este asunto; por lo cual, deseo verlo.

Yocasta.—Vendrá, pues; pero también soy merecedora de saber las cosas que te inquietan, ¡oh rey!

Edipo.—No pienses que te las voy a callar en medio de la incertidumbre en que estoy. ¿A quién mejor que a ti podré yo contar el trance en que me hallo? Mi padre fué Pólibo el corintio, y mi madre la doria Merope. Fui el hombre más respetado entre todos los ciudadanos hasta que me ocurrió el siguiente caso, digno de admirar, pero no tanto que debiera llegar a inquietarme. En un banquete, un hombre que había bebido demasiado me dijo en su borrachera que yo era hijo fingido de mi padre. Apesadumbrado yo por la injuria, aguanté a duras penas aquel día; pero al siguiente pregunté por ello a mi padre y a mi madre, quienes llevaron muy a mal el ultraje, y se indignaron contra el que lo había proferido. Las palabras de ambos me sosegaron; pero, sin embargo, me escocía siempre aquel reproche, que había penetrado hasta el fondo de mi corazón. Sin que supieran nada mis padres me fui a Delfos, donde Febo me rechazó, sin creerme digno de obtener contestación a las preguntas que le hice; pero me reveló los males más afrentosos, terribles y funestos, diciendo que yo me había de casar con mi madre, con la cual engendraría una raza odiosa al género humano; y también que yo sería el asesino del padre que me engendró. Desde que oí yo tales palabras, procurando siempre averiguar por medio de los astros la situación de Corinto, andaba errante lejos de su suelo, buscando lugar donde jamás viera el cumplimiento de las atrocidades que de mi vaticinó el oráculo. Pero en mi marcha llegué al sitio en que tú dices que mataron al tirano Layo. Te diré la verdad, mujer. Cuando ya me hallaba yo cerca de esa encrucijada, un heraldo y un hombre de las señas que tú me has dado, el cual iba en un coche tirado por jóvenes caballos, toparon conmigo. El cochero y el mismo anciano me empujaron violentamente, por lo que yo, al que me empujaba, que era el cochero, le di un golpe con furia; pero el anciano que vió esto, al ver que yo pasaba por el lado del coche, me infirió dos heridas con el aguijón en medio de la cabeza. No pagó él de la misma manera; porque del golpe que le di con el bastón que llevaba en la mano, cayó rodando del medio del coche, quedando en el suelo boca arriba: en seguida los maté a todos. Si, pues, ese extranjero tiene alguna relación con Layo, ¿quién hay ahora que sea más miserable que yo? ¿Qué hombre podrá haber que sea más infortunado? Ningún extranjero ni ciudadano puede recibirme en

su casa, ni hablarme; todos deben desecharme de sus moradas. Y no es otro, sino yo mismo, quien tales maldiciones he lanzado sobre mí. Estoy mancillando el lecho del muerto con las mismas manos con que lo maté. ¿No nací pues, siendo criminal? ¿No soy un ser todo impuro? Pues cuando es preciso que yo huya desterrado y que en mi destierro no me sea posible ver a los mios ni entrar en mi patria, ¿es también necesario que me una en casamiento con mi madre y mate a mi padre a Pólibo, que me engendró y me educó? ¿No dirá con razón cualquiera que medite esto, que todo ello lo dirige contra mí una deidad cruel? Nunca, nunca, ¡oh santa majestad divina!, vea yo ese día, sino que desaparezca borrado de los mortales, antes que ver impresa en mi la mancha de la deshonra.

Coro.—También nosotros, ¡oh rey!, estamos llenos de espanto; pero hasta que te enteres del testigo de estos hechos, ten esperanza,

Edipo.—Y en verdad que la única esperanza que me queda es aguardar a que venga ese pastor.

Yocasta.—Y en cuanto venga, ¿qué piensas hacer?

Edipo.—Voy a decirtelo. Si efectivamente dice lo mismo que tú has dicho, nada tengo yo que temer.

Yocasta.—¿Qué palabra tan importante es la que me oiste?

Edipo.—Has dicho que él manifestó que lo mataron unos ladrones. Si ahora persiste en afirmar que eran varios, no lo maté yo; pues uno solo nunca puede ser igual a muchos; pero si dice que lo mató un hombre solo, claro está ya que ese crimen recae sobre mí.

Yocasta.—Pues sepas que públicamente hizo tal declaración, y no es posible que ahora se retracte; porque la oyó toda la ciudad, no yo solamente. Y aun cuando se apartara un poco de su declaración anterior, nunca jamás, ¡oh rey!, probaría que tú seas el matador de Layo, quien, según el oráculo de Apolo, debía morir a manos del hijo que tuviera de mí. Y claro está que no pudo matarlo aquel hijo desdichado, porque murió antes que él. De modo que ni en este caso ni en ningún otro que en adelante ocurra, he de prestar fe a ningún oráculo.

Edipo.—Muy bien has discurrido; pero, sin embargo, envía a llamar al pastor; no difieras esto.

Yocasta.—Voy a enviar en seguida; pero entremos en palacio, que nada haré que no sea de tu gusto.

Coro.—¡Ojalá me asistiera siempre la suerte de guardar la más piadosa veneración a las predicciones y resoluciones cuyas sublimes leyes residen en las celestes regiones donde han sido engendradas! El Olimpo sólo es su padre: no las engendró la raza mortal de los hombres, ni tampoco el olvido las adormece jamás. En ellas vive un dios poderoso que nunca envejece. Pero el orgullo engendra tiranos. El orgullo, cuando hinchado vanamente de su mucha altaneria, ni conveniente ni útil para nada, se eleva a la más alta cumbre para despeñarse en fatal precipicio, de donde le es imposible salir. Yo ruego a la divinidad que no se malogre el buen éxito del esfuerzo que la ciudad está haciendo, y para ello jamás dejaré de implorar la protección divina. Si hay algún orgulloso que de obra o de palabra proceda sin temor a la justicia ni respeto a los templos de los dioses, que cruel destino le castigue por su culpable arrogancia; y lo mismo al que se enriquece con ilegitimas ganancias, y comete actos de impiedad o se apodera insolentemente de las cosas santas. ¿Qué hombre en estas circunstancias puede vanagloriarse de alejar de su alma los golpes del remordimiento? Porque si tales actos fuesen honrosos, ¿qué necesidad tendria yo de festejar a los dioses con coros? Nunca iré yo al venerable santuario de Delfos para honrar a los dioses, ni al templo de Abas, ni a Olimpia, si estos oráculos no llegan à cumplirse a la faz de todo el mundo. Pero, ¡oh poderoso Júpiter!, si realmente todo lo sabes y del mundo eres rey, nada debe ocultarse a tus miradas ni a tu eterno imperio. Como irritos, de Delos...[3] los oráculos se desprecian ya; en los sacrificios no se manifiesta Apolo. La religión va hacia su ruina.

Yocasta.—Señores de esta tierra, se me ha ocurrido la idea de ir a los templos de los dioses con estas coronas y perfumes que llevo en las manos; porque Edipo se ha lanzado en un torbellino de inquietudes que le torturan el corazón. En vez de juzgar, como hace un hombre sensato, de los recientes oráculos por las predicciones pasadas, no atiende más que al que le dice algo que le avive sus sospechas. Y puesto que nada puedo lograr con mis consejos, ante tí, ¡oh Apolo Licio!, que aquí mismo tienes el templo, me presento suplicante con estas ofrendas, para que nos des favorable remedio a nuestra desgracia; pues temblamos todos al ver aturdido a nuestro rey, como piloto en una tempestad.

El Mensajero.—Extranjeros, ¿podría saber de vosotros dónde está el palacio del tirano Edipo? Mejor seria que me dijerais, si lo sabéis, donde se encuentra él.

---

(3) Falta una o dos palabras en el original.

Coro.—Éste es su palacio y dentro se halla él, extranjero. Ésta es la mujer madre de sus hijos.

El Mensajero.—Pues dichosa seas siempre, lo mismo que todos los tuyos, siendo tan cumplida esposa de aquél.

Yocasta.—Lo mismo te deseo, extranjero, que bien lo mereces por tú afabilidad. Pero dime qué es lo que te trae aquí, y lo que quieras anunciarme.

El Mensajero.—Buenas nuevas, mujer, para tu familia y tu marido.

Yocasta.—¿Qué nuevas son ésas? ¿De parte de quién vienes?

El Mensajero.—De Corinto. Lo que te voy a decir te llenará al momento de alegria, ¿cómo no?; pero lo mismo podría afligirte.

Yocasta.—¿Qué noticia es esa y qué virtud tiene para producir tan contrarios efectos?

El Mensajero.—Los habitantes del Istmo, según por allí se dice, van a proclamarle rey.

Yocasta.—¿Pues qué, ya no reina allí el anciano Polibo?

El Mensajero.—No; que la muerte lo ha llevado ya al sepulcro.

Yocasta.—¿Qué dices? ¿Ha muerto Pólibo?

El Mensajero.—Y muera yo si no digo la verdad.

Yocasta.—Muchacha, al amo en seguida corriendo con esta noticia. ¡Oh predicciones de los dioses!, ¿qué es de vosotras? Edipo huyó hace tiempo de este hombre por temor de matarlo; y ahora, ya lo veis, ha muerto por su propia suerte, y no a manos de aquél.

Edipo.—¡Oh queridísima esposa mía Yocasta!, ¿para qué me haces venir aquí desde palacio?

Yocasta.—Oye a este hombre, y considera después de oirle lo que vienen a ser los venerados oráculos de los dioses.

Edipo.—¿Quién es éste y qué me quiere decir?

Yocasta.—Viene de Corinto para anunciarte que tu padre Polibo ya no existe, sino que ha muerto.

Edipo.—¿Qué dices, extranjero? Explícame tú mismo lo que acabas de decir.

El Mensajero.—Si es menester que repita claramente lo que ya he dicho, ten por cierto que aquél ha muerto ya.

Edipo.—¿Cómo? ¿Violentamente o por enfermedad?

El Mensajero.—El menor contratiempo mata a los ancianos.

Edipo.—¿De enfermedad, a lo que parece, ha muerto el pobre?

El Mensajero.—Y, sobre todo, de viejo.

Edipo.—¡Huy, huy! ¿Quién pensará ya, mujer, en consultar el altar profético de Delfos o el graznido de las aves, según cuyas predicciones debía yo matar a mi padre? Él, muerto ya, reposa bajo tierra; y yo, que aquí estoy, no soy el que lo he matado, a no ser que haya muerto por la pena de mi ausencia; sólo así sería yo el causante de su muerte. Pero Pólibo, llevándose consigo los antiguos oráculos, que de nada han servido, yace ya en los infiernos.

Yocasta.—¿No te lo dije yo hace ya tiempo?

Edipo.—Lo dijiste; pero yo me dejaba llevar de mis sospechas.

Yocasta.—Sacúdelas ya todas de tu corazón.

Edipo.—¿Y cómo? ¿No me ha de inquietar aún el temor de casarme con mi madre?

Yocasta.—¿Por qué? ¿Debe el hombre inquietarse por aquellas cosas que sólo dependen de la fortuna y sobre las cuales no puede haber razonable previsión? Lo mejor es abandonarse a la suerte siempre que se pueda. No te inquiete, pues, el temor de casarte con tu madre. Muchos son los mortales que en sueños se han unido con sus madres; pero quien desprecie todas esas patrañas, ése es quien vive feliz.

Edipo.—Muy bien dicho estaría todo eso si no viviera aún la que me parió. Pero como vive, preciso es que yo tema, a pesar de tus sabias advertencias.

Yocasta.—Pues gran descanso es la muerte de tu padre.

Edipo.—Grande, lo confieso; pero por la que vive, temo.

El Mensajero.—¿Cuál es esa mujer por la que tanto temes?

Edipo.—Es Merope, ¡oh anciano!, con quien vivía Polibo.

El Mensajero.—¿Y qué es lo que te infunde miedo de parte de ella?

Edipo.—Un terrible oráculo del dios, ¡oh extrajero!

El Mensajero.—¿Puede saberse, o no es licito que otro se entere?

Edipo.—Si. Me profetizó Apolo hace tiempo que mi destino era casarme con mi propia madre y derramar con mis manos la sangre de mi padre. Por tal motivo me ausenté de Corinto hace ya tiempo; y me ha ido bien, a pesar de que la mayor felicidad consiste en gozar de la vista de los padres.

El Mensajero.—¿De suerte que por temor a eso te expatriaste de allí?

Edipo.—Por temor de ser el asesino de mi padre, ¡oh anciano!

El Mensajero.—¿Y cómo yo, que he venido con el deseo de servirte, no te he librado ya de ese miedo?

Edipo.—Y en verdad que digno premio recibirías de mí.

El Mensajero.—Pues por eso principalmente vine; para que así que llegues a tu patria me des una recompensa.

Edipo.—Pero jamás iré yo a vivir con los que me engendraron.

El Mensajero.—¡Ah, hijo!, claramente se ve que no sabes lo que haces...

Edipo.—¿Cómo es eso, anciano? Por los dioses, dímelo.

El Mensajero.—Si por eso temes volver a tu patria.

Edipo.—Temo que Apolo acierte en lo que ha predicho de mí.

El Mensajero.—¿Es que tienes miedo de cometer algún sacrilegio con tus padres?

Edipo.—Eso mismo, anciano, eso me aterroriza siempre.

El Mensajero.—¿Y sabes que no hay razón ninguna para que temas?

Edipo.—¿Cómo no, si ellos son los padres que me engendraron?

El Mensajero.—Porque Pólibo no tenía ningún parentesco contigo.

Edipo.—¿Qué has dicho? Pólibo, ¿no me engendró?

El Mensajero.—No más que yo, sino lo mismo que yo.

Edipo.—¿Cómo el que me engendró se ha de igualar con quien nada tiene que ver conmigo?

El Mensajero.—Como que ni te engendró él ni yo.

Edipo.—Pues ¿por qué me llamaba hijo?

El Mensajero.—Porque, fijate bien, un dia te recibió de mis manos como un presente.

Edipo.—¿Y así, habiéndome recibido de extrañas manos, pudo amarme tanto?

El Mensajero.—Si; porque antes le afligia el no tener hijos.

Edipo.—¿Y tú me habías comprado, o encontrándome por casualidad me pusiste en sus manos?

El Mensajero.—Te encontré en las cañadas del Citerón.

Edipo.—¿Y a qué ibas tú por esos lugares?

El Mensajero.—Guardaba los rebaños que pacían por el monte.

Edipo.—¿Luego fuiste pastor errante y asalariado?

El Mensajero.—Y tu salvador, hijo, en aquella ocasión.

Edipo.—¿Qué dolores me afligian cuando me recogiste?

El Mensajero.—Las articulaciones de tus pies te lo atestiguarán.

Edipo.—¡Ay de mí! ¿Por qué me haces mención de esta antigua desgracia?

El Mensajero.—Cuando te desaté tenias atravesadas las puntas de los pies.

Edipo.—Horrible injuria que me causaron las mantillas.

El Mensajero.—Como que por eso se te puso el nombre que tienes.

Edipo.—¿Quién me lo puso? ¿Mi padre o mi madre? ¡Por los dioses, habla!

El Mensajero.—No sé; el que te puso en mis manos sabe esto mejor que yo.

Edipo.—¿Luego me recibiste de manos de otro, y no me encontraste por una casualidad?

El Mensajero.—No, sino que te recibí de otro pastor.

Edipo.—¿Quién es ése? ¿Lo sabes, para decirmelo?

El Mensajero.—Se decía que era uno de los criados de Layo.

Edipo.—¿Acaso del que fué rey de este país?

El Mensajero.—Ciertamente; de ese hombre era el pastor.

Edipo.—¿Vive aún ese pastor, para que yo pueda verlo?

El Mensajero.—Vosotros lo sabréis mejor que yo, pues vivis en el país.

Edipo.—¿Hay alguno de vosotros, los que estáis aquí presentes, que conozca al pastor a que se refiere este hombre, ya por haberlo visto en el campo, ya en la ciudad? Decídmelo; que tiempo es de aclarar todo esto.

Coro.—Creo que no es otro que ese del campo que antes deseabas ver; pero ahí está Yocasta, que te podrá enterar mejor que nadie.

Edipo.—Mujer, ¿sabes si ese hombre que hace poco enviamos a buscar es el mismo a quien éste se refiere?

Yocasta.—¿De quién habla ése? No hagas caso de nada, y haz por olvidarte de toda esa charla inútil.

Edipo.—No puede ser que yo, con tales indicios, no aclare mi origen.

Yocasta.—Déjate estar de eso, por los dioses, si algo te interesas por tu vida; que bastante estoy sufriendo yo.

Edipo.—No tengas miedo; que tú, aunque yo resultara esclavo, hijo de mujer esclava nacida de otra esclava, no aparecerás menoscabada en tu honor.

Yocasta.—Sin embargo, créeme, te lo suplico, no prosigas eso.

Edipo.—No puedo obedecerte hasta que no sepa esto con toda claridad.

Yocasta.—Pues porque pienso en el bien tuyo, te doy el mejor consejo.

Edipo.—Pues esos buenos consejos me atormentan hace ya tiempo.

Yocasta.—¡Ay malaventurado!, ¡Ojalá nunca sepas quién eres!

Edipo.—¿Pero no hay quien me traiga aquí a ese pastor? Dejad que ésta se regocije de su rica genealogía.

Yocasta.—¡Ay, ay, infortunado!, que eso es lo único que puedo decirte, porque en adelante no te hablaré ya más.

Coro.—¿Por qué, Edipo, se ha ido tu mujer arrebatada de violenta desesperación? Temo que tales lamentos estallen en grandes males.

Edipo.—Que estallen, si es menester; que yo quiero conocer mi origen, aunque éste sea de lo más humilde. Ella, naturalmente, como mujer que es, tiene orgullo, y se avergüenza de mi obscuro nacimiento. Pero yo, que me considero hijo de la Fortuna, que me ha colmado de dones, no me veré nunca deshonrado. De tal madre nací; y los meses que empezaron al nacer yo, son los que determinaron mi grandeza y mi abatimiento. Y siendo tal mi origen, no puede resultar que yo sea otro, hasta el punto de querer ignorar de quién procedo.

Coro.—Si yo soy adivino y tengo recto criterio, juro por el Olimpo inmenso, ¡oh Citerón!, que no llegará el nuevo plenilunio sin que a tí, como a padre de Edipo y como a nodriza y madre, te ensalce y te celebre en mis danzas, por los beneficios que dispensaste a nuestro rey. ¡Glorioso Apolo!, séante gratas mis súplicas. ¿Cuál a tí, ¡oh hijo!, cuál te parió, pues, de las dichosas ninfas, unida con el padre Pan, que va por los montes? ¿Acaso alguna desposada con Apolo? Pues a éste todas las planicies que frecuentan pastores le son queridas. ¿Será Mercurio o el dios Baco, que, habitando en las cimas de los montes, te recibiera como engendro de las ninfas de graciosos ojos, con las que él frecuentemente se solaza?

Edipo.—Si parece bien, ¡oh ancianos!, que yo que nunca he tenido relación con ese hombre exponga mi opinión, creo ver al pastor que hace tiempo buscamos. Pues por su avanzada vejez le conviene cuanto se ha dicho de él; además de que reconozco como siervos mios a los que lo llevan. Pero tú que lo has conocido, mejor que yo podrás decirlo pronto al verlo delante de tí.

Coro.—Lo reconozco; bien lo has conocido. Ese hombre, como pastor, era uno de los más fieles de Layo.

Edipo.—A tí me dirijo primero, extranjero corintio. ¿Te referías a este hombre?

El Mensajero.—A ese mismo que estás viendo.

Edipo.—¡Ce!, tú, anciano; aquí, cara a cara, contéstame a todo lo que te pregunte ¿Fuiste tu de Layo?

El Criado.—Sí; esclavo no comprado, sino nacido en casa.

Edipo.—¿En qué labor te ocupabas o cuál era tu vida?

El Criado.—De los rebaños cuidé la mayor parte del tiempo.

Edipo.—¿Y qué regiones recorrías con más frecuencia?

El Criado.—El Citerón y las regiones vecinas.

Edipo.—Y a este hombre, ¿recuerdas si lo has visto alguna vez?

El Criado.—¿En qué circunstancias? ¿De qué hombre hablas?

Edipo.—De este que está presente. ¿Has tenido trato alguno con él?

El Criado.—No te lo puedo decir en este momento; no recuerdo.

El Mensajero.—No es de admirar, señor; pero yo le haré recordar claramente lo que ha olvidado; pues yo sé muy bien que él se acuerda de cuando en los prados del Citerón apacentaba él dos rebaños, y yo uno solo, y los dos pasábamos juntos tres meses enteros, desde el fin de la primavera hasta que aparecía la estrella Arcturo(4). Al llegar el invierno recogía yo mi rebaño en mis apriscos y éste en los corrales de Layo. ¿Es o no verdad esto que digo?1

El Criado.—Dices verdad, aunque ha pasado mucho tiempo.

El Mensajero.—Dime, pues, ahora: ¿sabes que entonces me entregaste un niño para que yo lo criase como si fuera hijo mío?

El Criado.—¿Y qué? ¿Por qué me haces ahora esa pregunta?

El Mensajero.—Éste es, amigo, aquel que entonces era niño.

El Criado.—¡Ojalá te murieras en seguida! ¿No te callarás?

Edipo.—¡Eh!, no le insultes, viejo; que tus palabras son más merecedoras de reprensión que las de éste.

El Criado.—¡Oh excelentisimo señor! ¿En qué he faltado?

Edipo.—En no responder a lo que éste te pregunta acerca de aquel niño.

El Criado.—Porque no sabe lo que se dice y trabaja en vano.

Edipo.—Tú no quieres hablar de buen grado, pero hablarás a la fuerza.

El Criado.—Por los dioses, señor, no insultes a este anciano.

Edipo.—Atadle en seguida las manos por detrás de la espalda.

El Criado.—¡Infortunado! ¿Para qué? ¿Qué quieres saber?

(4) A mediados de septiembre.

Edipo.—¿Entregaste tú a éste el niño por quien te pregunta?

El Criado.—Se lo entregué. Ojalá me hubiera muerto aquel día.

Edipo.—Pues morirás hoy si no dices la verdad.

El Criado.—Más me mata el tener que decirla.

Edipo.—Este hombre, a lo que parece, dilata la contestación.

El Criado.—No, en verdad, pues ya he dicho que se lo entregué hace tiempo.

Edipo.—¿Y de dónde lo recogiste? ¿Era tuyo o de otro?

El Criado.—Mío no era; lo recibí de otro.

Edipo.—¿De qué ciudadano y de qué casa?

El Criado.—No, por los dioses, señor, no me preguntes más.

Edipo.—Muerto eres, si tengo que repetirte la pregunta.

El Criado.—Pues había nacido en el palacio de Layo.

Edipo.—¿Era siervo o hijo legítimo de aquél?

El Criado.—¡Ay de mí! Me horroriza el decirlo.

Edipo.—Y a mí el escucharlo; pero, sin embargo, es preciso que lo oiga.

El Criado.—De aquél se decía que era hijo; pero la que está en palacio, tu mujer, te dirá mejor que yo cómo fué todo esto.

Edipo.—¿Es que fué ella misma la que te lo entregó?

El Criado.—Si, rey.

Edipo.—¿Y para que?

El Criado.—Para que lo matara...

Edipo.—¿Y lo había parido, la infeliz?

El Criado.—por temor de funestos oráculos.

Edipo.—¿Cuáles?

El Criado.—Se decía que él había de matar a sus padres.

Edipo.—¿Y cómo se lo entregaste tú a este viejo?

El Criado.—Me compadeci, señor, creyendo que se lo llevaría a tierra extraña, a la patria de donde él era. Pero éste lo conservó para los mayores males; porque si eres ese a quien éste se refiere, considérate el más infortunado de los hombres.

Edipo.—¡Ay, ay! Ya está todo aclarado. ¡Oh luz!, sea éste el último día que te vea quien vino al mundo engendrado por quienes no debían haberle dado el ser, contrajo relaciones con quienes le estaban prohibidas y mató a quien no debía.

Coro.—¡Oh generaciones humanas! Cómo en mi cálculo, aunque reboséis de vida, sois lo mismo que la nada. ¿Qué hombre, pues, qué hombre goza de felicidad más que el momento en que se lo cree, para en seguida declinar? Con tu ejemplo a la vista y con tu sino, ¡oh infortunado Edipo!, no creo ya que ningún mortal sea feliz. Quien dirigiendo sus deseos a lo más alto llegó a ser dueño de la más suprema dicha, ¡ay Júpiter!, y después de haber aniquilado a la virgen de corvas uñas, cantora de oráculos, se levantó en medio de nosotros como valla contra la muerte, por lo que fué proclamado nuestro rey y recibió los mayores honores, reinando en la grande Tebas, no es ahora el más infortunado de los hombres? ¿Quién se ve envuelto en más atroces desgracias y en mayores crímenes por una alternativa de la vida? ¡Oh ilustre Edipo! ¿El propio asilo de tu casa fué bastante para que cayeras en él, como hijo, como padre y como marido? ¿Cómo es posible, ¡oh infeliz!, cómo, que el seno fecundado por tu padre te pudiera soportar en silencio tanto tiempo? Lo descubrió a pesar tuyo el tiempo, que todo lo ve, y condenó ese himeneo execrable, donde engendraba a su vez el que fué en él engendrado. ¡Ay hijo de Layo! ¡Ojalá, ojalá nunca te hubiera visto; pues me haces llorar, exhalando dolorosos lamentos de mi boca! Y para decir verdad, de tí recibí la vida, por ti calmé mis congojas.

Un Mensajero.—¡Oh siempre respetabilisimos señores de esta tierra! ¡Qué cosas vais a oir y qué desgracias veréis y cuán grande dolor sentiréis, si como patriotas os inspira interés la casa de los Labdácidas! Yo creo que ni el Istro ni el Fasis podrán lavar con sus aguas las impurezas que ese palacio encierra, y los crímenes que ahora salen a luz, voluntarios, no involuntarios. Pues de todas las calamidades, las que más deben sentirse son las que uno se procura por sí mismo.

Coro.—La que nosotros ya sabemos, por cierto que es muy dolorosa. ¿Vienes a anunciarnos otra?

El Mensajero.—Brevemente os la diré y la sabréis: ha muerto la excelsa Yocasta.

Coro.—¡Ay, desdichada! ¿Quién la ha matado?

El Mensajero.—Ella por sí misma. De todo lo sucedido ignoro lo más doloroso, pues no estuve presente. Pero, sin embargo, en tanto que mi memoria los recuerde, sabrás los sufrimientos de aquella infortunada. Cuando arrebatada por el furor atravesó el vestibulo de palacio, se lanzó derechamente hacia el lecho nupcial, arrancándose la cabellera con ambas manos. Apenas entró cerró la puerta por dentro y empezó a invocar al difunto Layo, muerto ha tiempo, rememorando los antiguos concúbitos que debían matarle a él y dejar a la madre para engendrar hijos con su propio hijo en infandas nupcias. Y lloraba amargamente por el lecho en el que la infeliz concibió de su marido otro marido y de su hijo otros hijos. Después de esto no sé cómo se mató; porque como entró Edipo dando grandes alaridos, nos impidió contemplar la desgracia; pues nos fuimos todos hacia él, rodeándole por todas partes, porque corría desatentado pidiendo que le diéramos una espada y que le dijésemos dónde estaba la esposa que no era esposa y en cuyo seno maternal fueron concebidos él y los propios hijos de él. Y furioso como estaba —un genio se lo indicó, pues no se lo dijo nadie de los que le rodeábamos—, dando un horrendo grito y como si fuera guiado por alguien, se arrojó sobre las puertas: las derribó de los goznes y se precipitó en la sala nupcial, donde vimos a la reina colgando de las fatales trenzas que la habian ahogado. En seguida que la vió el desdichado, dando un horrible rugido, desató el lazo de que colgaba; y cuando en tierra cayó la infeliz —aquello fué espectáculo horrible—, arrancándole los broches de oro con que se había sujetado el manto, se hirió los ojos diciendo que asi no verían más ni los sufrimientos que padecía ni los crímenes que había cometido, sino que, envueltos en la obscuridad, ni verían en adelante a quienes no debían haber visto, ni conocerían a los que nunca debieron haber conocido. Y mientras así se lamentaba, no cesaba de darse golpes y desgarrarse los ojos. Al mismo tiempo, sus ensangrentadas pupilas le teñian la barba, pues no echaban la sangre a gotas, sino que como negra lluvia y rojizo granizo se la bañaban. Estalló la desesperación de ambos, no de uno solo, confundiendo en la desgracia al marido y a la mujer. La felicidad de que antes disfrutaban y nos parecía verdadera felicidad, convertida queda hoy en gemidos, desesperación, muerte y oprobio, sin que falte ninguno de los nombres que sirven para designar toda suerte de desgracias.

Coro.—¿Y qué hace ahora el desdichado, en medio de su infortunio?

El Mensajero.—Pide a gritos que abran las puertas y expongan ante todos los tebanos al parricida, al de madre..., diciendo blasfemias que yo no debo decir, y añadiendo que va a

alejarse de esta tierra y que no debe permanecer en ella sujeto a las maldiciones que contra sí mismo él lanzó. Necesita, sin embargo, de quien le sostenga y le guíe; pues su desgracia es demasiado para que pueda sobrellevarla: lo vas a ver, pues las puertas se abren; pronto verás un espectáculo capaz de mover a compasión al más cruel enemigo.

Coro.—¡Oh desgracia, que a los hombres horroriza el verla! ¡Oh, la más horrible de cuantas he visto yo! ¡Infeliz! ¿Qué Furia te dominó? ¿Cuál es la Furia que abalanzándose sobre tí, el más infortunado de los hombres, te subyugó en tu desdichadísima suerte? Porque no tengo valor para mirarte, a pesar de que deseo preguntarte muchas cosas, saberlas de tí y contemplarte. Tal es el horror que me infundes.

Edipo.—¡Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡Infeliz de mí! ¿Dónde estoy con mi desdicha? ¿Adónde vuela mi vibrante voz? ¡Oh demonio! ¿Dónde me has precipitado?

Coro.—En desgracia horrible, inaudita, espantable.

Edipo.—¡Oh nube tenebrosa y abominable que como monstruo te has lanzado sobre mí, indomable e irremediable! ¡Ay de mi! ¡Ay de mí! ¡Cómo me penetran las punzadas del dolor y el recuerdo de mis crímenes!

Coro.—Y no es de admirar que en medio de tan grandes sufrimientos llores y te aflijas por la doble desgracia que te oprime.

Edipo.—¡Ay amigo! Tu sigues siendo mi compañero fiel, ya que tienes cuidado de este ciego. ¡Ay, ay! No se me oculta quién eres; pues aunque ciego, conozco muy bien tu voz.

Coro.—¡Qué atrocidad has cometido! ¿Cómo tuviste valor para arrancarte así los ojos? ¿Qué demonio te incitó?

Edipo.—Apolo es el culpable, Apolo, amigos mios; él es el fautor de mis males y crueles sufrimientos. Pero nadie me hirió, sino yo mismo en mi desgracia ¿Para qué me servía la vista, si nada podía mirar que me fuese grato ver?

Coro.—Así es, como lo dices.

Edipo.—¿Qué cosa, en verdad, puedo yo mirar ni amar? ¿A quién puedo yo dirigir la palabra o escuchar con placer, amigos? Echadme de esta tierra lo más pronto posible; desterrad, amigos, a la mayor calamidad, al hombre maldito y más aborrecido que ningún otro de los dioses.

Coro.—Digno de lástima eres, lo mismo por tus remordimientos que por tu desgracia. ¡Cómo quisiera nunca haberte conocido!

Edipo.—¡Ojalá muera, quienquiera que sea, el que en el monte desató los crueles lazos de mis pies y me libró y salvó de la muerte, sin hacerme ninguna gracia! Pues muriendo entonces, no habría sido, ni para mí ni para mis amigos, causa de tanto dolor.

Coro.—Y yo también quisiera que asi hubiese sucedido.

Edipo.—Nunca hubiera llegado a ser asesino de mi padre, ni a que los mortales me llamaran marido de la que me dió el ser. Pero ahora me veo abandonado de los dioses; soy hijo de padres impuros y he participado criminalmente del lecho de los que me engendraron. La desgracia mayor que pueda haber en el mundo le tocó en suerte a Edipo.

Coro.—No sé cómo pueda decir que hayas tomado buena determinación; mejor te fuera no existir que vivir ciego.

Edipo.—Que no sea lo mejor lo que he hecho, ni tienes que decirmelo, ni tampoco darme consejos. Pues yo no sé con qué ojos, si la vista conservara, hubiera podido mirar a mi padre en llegando al infierno, ni tampoco a mi infortunada madre, cuando mis crímenes con ellos dos son mayores que los que se expian con la estrangulación. Pero, ¿acaso la vista de mis hijos; —engendrados como fueron engendrados— podía serme grata? No; de ningún modo; a mis ojos, jamás. Ni la ciudad, ni las torres, ni las imágenes sagradas de los dioses, de todo lo cual, yo, en mi malaventura —siendo el único que tenía la más alta dignidad en Tebas—, me privé a mí mismo al ordenar a todos que expulsaran al impío, al que los dioses y mi propia familia hacian aparecer como impura pestilencia; y habiendo yo manifestado tal deshonra como mía, ¿podia mirar con buenos ojos a éstos? De ninguna manera; porque si del sentido del oido pudiese haber cerradura en las orejas, no aguantaría yo el no habérselas cerrado a mi desdichado cuerpo, para que fuese ciego y además nada oyese; pues vivir con el pensamiento apartado de los males es cosa dulce. ¡Oh Citerón!, ¿por qué me recibiste? ¿Por qué, al acogerme, no me mataste en seguida, para que jamás hubiera manifestado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh Pólibo! ¡Oh Corinto y venerable palacio que yo creía de mi padre! ¡Cómo criasteis en mi una hermosura que no era más que envoltura de maldades! Ahora, pues, me convenzo de que soy perverso y de perversa raza nacido. ¡Oh tres caminos y ocultas cañadas y espesa selva y estrechura de la encrucijada, que mi sangre por mis mismas manos bebisteis de mi padre! ¿Acaso recordáis aún los crímenes que en vosotros cometí, y luego, al llegar aquí, cuáles otros he cometido? ¡Oh nupcias, nupcias; me

engendrasteis, y habiendo concebido, fecundasteis de nuevo el mismo semen y disteis a luz padres, hermanos, hijos—sangre de la misma familia—, novias, esposas y madres y cuantas cosas ignominiosas entre los hombres haya! Pero como no se debe decir lo que no es hermoso hacer, cuanto más pronto, ¡por los dioses!, echadme, ocultadme en alguna parte; matadme o arrojadme al mar, donde jamás me podáis ver ya. Venid; dignaos tocar a un hombre miserable. Creedme, no temáis; que mis desgracias no hay quien, sino yo, sea capaz de soportarlas entre los hombres.

Coro.—Pues, respecto de lo que pides, a propósito viene aqui Creonte, para obrar y deliberar; porque en tu lugar queda él como único rey del país.

Edipo.—¡Ay de mi! ¿Qué palabras diré a éste? ¿Qué confianza me puede merecer en justicia, si antes contra él en todo he sido malo?

Creonte.—No para reirme, Edipo, he venido, ni para escarnecerte en nada por tus pasadas desgracias. Pero, si vosotros (a los del Coro) no tenéis ya sentimientos de respeto para con la raza humana, temed al menos a esa llama del rey Sol que todo lo alimenta, para que no se exhiba así al descubierto este ser impuro, que ni la tierra, ni la celestial lluvia, ni la luz pueden acoger; sino que entradle en seguida en palacio; pues sólo a los parientes permite la piedad el que puedan ver y atender a las personas impuras de la familia.

Edipo.—¡Por los dioses! Puesto que sacándome de mi equivocada creencia vienes lleno de razón a mí, que soy el hombre más perverso, créeme en algo que por tí, no por mí, diré.

Creonte.—¿Y de qué tienes necesidad, que con tanto deseo me pides?

Edipo.—Échame de la tierra ésta lo más aprisa posible, adonde muera sin que ninguno de los mortales me pueda hablar.

Creonte.—Ya habría hecho eso, tenlo entendido, si no quisiera preguntar antes al oráculo lo que debo hacer.

Edipo.—Pues el mandato de aquél está bien manifiesto: matar al parricida y al impío, que soy yo.

Creonte.—Asi se dijo eso; sin embargo, en las circunstancias en que nos encontramos, mejor es preguntar lo que debamos hacer.

Edipo.—¿De modo que por un hombre miserable vais a consultar?

Creonte.—Y debes tú ahora tener fe en el dios.

Edipo.—Pues te encargo y te suplico que por la que yace en palacio celebres los funerales que quieras, pues con justicia, en bien de los tuyos los celebrarás; pero de mí, no creas jamás que vivo deba residir en esta patria ciudad, sino déjame habitar en los montes, en el que ya se llama mi Citerón: ese que mi madre y también mi padre, vivo yo aún, determinaron que fuese mi propia sepultura; para que muera según la determinación de aquellos que querían que se me matara. Por que verdaderamente veo que ni enfermedad ni otro accidente alguno me puede matar, ya que de otro modo no me habría salvado, a no ser para algún terrible mal. Siga, pues, mi destino la marcha hacia donde la empezó. De mis hijos varones, por mí, Creonte, no tengas cuidado —hombres son; de modo que donde estén no ha de faltarles lo necesario para vivir—; pero si de mis dos hijas, infortunadas y dignas de lástima, que jamás se sentaron a comer en la mesa sin estar yo, sino que de cuanto yo gustaba de todo siempre tomaban su parte; a ellas cuídamelas; y más aún, déjame que las toque con mis manos y llore mi desgracia. Permíteme, ¡oh rey!, permíteme, tú, puro de nacimiento, que al tocarlas con mis manos creeré tenerlas como cuando veía, ¿Qué digo? ¿No oigo ya, por los dioses, a mis dos queridas, que lloran a lágrima viva, y que Creonte, compadecido de mi, me las envía como a lo más querido de mis hijos? ¿Digo verdad?

Creonte.—La dices; pues yo soy quien te he proporcionado esto, deduciendo el consuelo que tienes ahora por el que tenías antes.

Edipo.—Pues ¡ojalá seas feliz! Y por haberlas hecho venir, que el dios te defienda mejor que a mí. ¡Oh hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí; llegaos a estas mis manos, hermanas vuestras, que han puesto así como veis los ojos, antes tan brillantes, del padre que os engendró; que yo, para vosotras, ¡oh hijas!, sin saberlo ni inquirirlo aparecí como sembrador en el mismo campo en que yo fui sembrado. Y lloro sobre vosotras —ya que veros no puedo— al considerar cuán amarga es la vida que os queda, tal como la habéis de pasar entre los hombres. Pues ¿a qué reuniones de los ciudadanos iréis, a qué fiestas, de donde no os volváis llorando a casa, en vez de gozar del espectáculo? Y cuando ya lleguéis a la nubilidad, ¿quién será el hombre, quién, ¡oh hijas!, que se decida a tomar oprobio tal, que para mis progenitores y para vosotras a la vez ha de ser afrentoso? Pues ¿qué ignominia falta aquí? A su padre vuestro padre mató; a la que le había parido fecundó, sembrando en donde él mismo había sido sembrado, y en el mismo seno os engendró, donde él fué concebido. Tales injurias sufriréis; y así, ¿quién os va a tomar por esposas? Nadie, ¡oh hijas!; sino que, sin duda

ninguna, estériles y sin casaros es preciso que os marchitéis. ¡Oh hijo de Meneceo!, ya que sólo tú como padre de ellas quedas —pues nosotros dos, los que las engendramos, hemos perecido ambos—, no consientas que ellas, como mendigas, sin maridos y sin familia, vayan errantes; ni dejes que su desgracia llegue a igualarse con la mia; sino compadécelas, viendo que en la edad en que están, de todo quedan privadas, excepto de lo que de ti dependa. Prométemelo, ¡oh generoso!, tocándome con tu mano. Y a vosotras, ¡oh hijas!, si tuvierais ya reflexión, muchas cosas os aconsejaría; pero ahora esto es lo que os deseo: que donde se os presente la ocasión de vivir, alcancéis mejor vida que el padre que os ha engendrado.

Creonte.—Bastante has llorado ya; entra en palacio.

Edipo.—Hay que obedecer, aunque no sea mi gusto.

Creonte.—Toda cosa en su punto es buena.

Edipo.—¿Sabes para qué voy?

Creonte.—Dilo y me enteraré cuando lo oiga.

Edipo.—Para que de la tierra me eches desterrado.

Creonte.—Del dios depende la concesión que me pides.

Edipo.—Pues a los dioses, muy odioso soy.

Creonte.—Sin embargo, obtendrás eso pronto.

Edipo.—¿Lo afirmas?

Creonte.—Lo que no siento no acostumbro a decirlo vanamente.

Edipo.—Llévame, pues, de aquí ya.

Creonte.—Sigue, pues, y apártate de las niñas.

Edipo.—De ninguna manera las apartes de mi.

Creonte.—En todo no quieras disponer; porque aquello en que has dispuesto no resultó bien para tu vida.

Coro.—¡Oh habitantes de Tebas, mi patria! ¡Considerad aquel Edipo que adivinó los famosos enigmas y fué el hombre más poderoso, a quien no había ciudadano que no envidiara al verle en la dicha, en qué borrasca de terribles desgracias está envuelto! Así que,

siendo mortal, debes pensar con la consideración puesta siempre en el último dia, y no juzgar feliz a nadie antes de que llegue al término de su vida sin haber sufrido ninguna desgracia.

FIN